

LA HIGUERA MALDITA

No hay pasiones más impetuosas.

Los movimientos anímicos que provocan, las acciones que piden, los pensamientos que levantan, las imaginaciones que suscitan, los recelos que despiertan, todo lo que proviene de las ganas ansiosas de comer y de beber puede devenir delirante. Si las necesidades primarias de la naturaleza animal acucian al espíritu humano sin obtener satisfacción, pueden llegar a producir, incluso en los mejores ejemplares de la especie, reacciones viscerales tan imprevisibles, violentas y desproporcionadas como el asesinato o la sedición. La nerviosa impaciencia de los cuerpos en estado de ayuno es el inquietante preludio de las terribles cóleras de las almas en procuración de su saciedad. Nada ilustra mejor el predominio de estas pasiones sobre espíritus ecuanímenes, susceptibles de indignación, como la terrible historia narrada en el evangelio de San Marcos, cuando Jesús tuvo hambre al día siguiente de su triunfal recibimiento en Jerusalén, y mismo día de su ira contra los mercaderes del Templo (11, 12-14): «diciendo a distancia una higuera con hojas se acercó para ver si hallaba algo en ella, pero no encontró más que hojas, pues no era tiempo de higos». Entonces la maldijo: «que jamás nadie coma fruto de tí». Y la higuera se secó.

La historia es tan descomunal que se ha intentado dulcificarla suponiendo que la frase «no era tiempo de higos» se debía a una interpolación. Pero los copistas sólo hacen cambios razonables. Y sin esa frase la historia sería una repetición de la parábola de la higuera infructuosa del viñador. No se trata de un error. En un mismo día, Jesús padeció dos movimientos de cólera. Uno, motivado por la contrariedad a su apetito de comer, le indujo a rebelarse contra el orden natural de la creación. Otro, motivado por la contrariedad a su espíritu religioso, le llevó a flagelar y expulsar del Templo a los mercaderes. Aquí, con la indignación de un hombre santo. Allí, como hombre ordinario, con la cólera ocasionada por la frustración de sus jugos gástricos a la vista de la frondosa higuera, pero con recursos de acción sobrenatural impropios del hombre y del Hijo de Dios. Al condenar a la fiel higuera, se rebeló contra el orden de las estaciones del tiempo decretado por su Padre. Nada justifica, en el plano moral ni en el teológico, una acción tan plena de injusticia como de gratuita incoherencia. Había errado como hombre pensando que la higuera con hojas tendría ya frutos. Y se equivocó como Hijo de Dios al condenar, junto con la higuera, a la Naturaleza.

Tratando de encontrar algún sentido positivo a esta disparatada conducta de Jesús se podría pensar que, con ella, quiso dar a sus discípulos una lección paradójica de filosofía moral y política. El reino de la necesidad exterior, la naturaleza sin conciencia, el destino de la higuera debe estar sometido al de la necesidad interior



de los cuerpos con espíritu, a la plena satisfacción del hambre de los hombres. En consecuencia, si Jesús seca de raíz a la higuera no es porque haya sido fiel a los procesos de madurez de la producción natural, sino para indicar ejemplarmente a los propietarios de tierras cultivadas, con el arbitrario sacrificio de un solo árbol, que no hay que respetar o acatar el ritmo de las estaciones para dar de comer al hambriento. Como no hay que esperar tampoco a los tiempos de paz para ser pacíficos. A los ojos de los que están necesitados, el reino de las necesidades en el orden de la naturaleza no es en modo alguno respetable. Jesús actuó aquel día como un necesitado, como un divino impaciente que no espera el fruto que ofrece la naturaleza a la humanidad. Quiso comer higos fuera de tiempo, y en su divina cólera, olvidando su condición humana, trasladó su libertad de acción desde el mundo moral al mundo extenso. Uná lección antiecológica que Descartes convirtió en sistema de pensamiento.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL PNV HABLA CON ETA

Haberlo, haylos, aunque los amigos que Juan Bravo tiene en el Norte no cuentan todavía con datos concretos. PNV y Eta nunca han roto del todo sus contactos y, según parece, ha habido un «acercamiento» en las últimas semanas. El «desacuerdo» entre nacionalistas y proetarras se va a seguir escenificando; y el abandono y regreso, y tiro porque me toca, del Parlamento vasco por parte de Euskal Herriarrok, va a consumir en los próximos meses los capítulos necesarios hasta llegar al debate de los Presupuestos que, nadie lo duda, serán apoyados por los «batasunos» a cambio de una suculenta tajada económica.

La posibilidad, adelantada por J.B., de

que la banda liquidara el frente separatista firmado en la localidad navarra de Estella, había encendido todas las luces de alarma en el partido de Arzallus, que veía cada vez más cerca el fantasma de las elecciones anticipadas. Solución, hablar, una vez más, con los de la pistola, y tratar de situar las cosas en su sitio no vaya ser que el chirringuito aparezca cualquier día patas arriba y venga un lendakari español a poner orden y concierto. Los datos concretos de estas nuevas reuniones los publicará alguno de los exclusivistas del momento, pero, le aseguran a J.B., haberlas, las ha habido.

Juan BRAVO



LA CHAMANIZACIÓN DE LA CIENCIA

Hay que reconocerlo: alguna vez, aunque no muchas, Clinton y Blair se pronuncian acertadamente. Y esto es lo que ha ocurrido en su actitud, proclamada hace pocas semanas, manteniendo que la información sobre el genoma humano, sobre la totalidad de nuestro mapa genético, en vías de ser completada, no puede ser privatizada, sino que requiere ser considerada como un bien público, al cual la investigación universal pueda tener libremente acceso. Algo, al menos, se escapa al huracán de las privatizaciones.

Ahora bien, aquí se pone al vivo, sobre un caso concreto un gran problema de alcance mucho más general en nuestra civilización. Se trata de la contradicción entre la naturalidad difusiva del conocimiento, por utilizar una terminología escolástica, y su secuestro privatizador. Realidad cada vez más extendida en nuestro mundo, en virtud de la consideración del conocimiento como fuente de poder, militar, económico, policial.

Tópicamente, se repite que hemos entrado en la sociedad del conocimiento y se extrae una consecuencia errónea: tal paso representa un desplazamiento de la sociedad



industrial. Otras veces se confunde reductivamente este ascenso de la importancia del conocer con el espejismo de las nuevas tecnologías. Lo que realmente ocurre es que, en este nuestro mundo, cada vez más

invasivamente industrializado —aunque se pretenda lo contrario— el poder se ha desplazado de la materialidad de los instrumentos, de las máquinas, hacia el conocimiento que las diseña e innova aceleradamente, así como, en la producción, prima la importancia de los procesos de dirección y programación sobre la fuerza de trabajo material. Aquellos que mantienen las grandes metrópolis, mientras la mano de obra es explotada en cualquier punto del planeta. Más todo ello ocurre justamente industrializando y mercantilizando, y todavía más militarizando, el mismo desarrollo del conocimiento.

El fenómeno arranca del último tercio del siglo XIX, cuando el avance tecnológico se desplaza del taller al laboratorio, a la luz de las posibilidades abiertas por la ciencia; es decir, en términos de Marx, cuando la ciencia se convierte en fuerza de producción directa. Y esta dependencia de la tecnología respecto a la investigación científica se potencia en el recién fallecido siglo XX con sus espectaculares avances en física, cibernética, biología, que posibilitan todo un nuevo mundo de poderes increíbles.

Las viejas castas sacerdotales y los chamanes habían hecho de la monopolización del conocimiento rodeada de misterio su gran arma, frente al poder político y las masas, hundidas en el terror ante lo desconocido. La ciencia moderna se inició con un doble impulso. Con la voluntad de poderío, en que tanto ha insistido Heidegger y que expresaron Bacon, Leonardo, o Descartes, pero también como expresión rigurosa del afán humano y desinteresado de saber que un Galileo, un Darwin, un Einstein han expresado entusiastamente. Y, añadamos, aún para los primeros la ciencia era soñada como poder colectivo y liberador de la humanidad. En esta línea su difusión y comunicación en libre symposium representaba una exigencia natural para el progreso ilimitado del saber. La socialización de los bienes noéticos, de las conquistas de la investigación por su propia índole debería constituir patrimonio común de la república científica y de toda la humanidad. Pero la ambición de los poderosos ha corrompido esta natural tendencia, desde que se ha visto la ciencia como arma y mercancía. Así conocimientos decisivos quedan secuestrados en las verjas del «top secret».

Y dicha situación se refuerza por el hecho de que la investigación en decisivos campos requiere fuertes inversiones. Lo cual sitúa a los científicos en dependencia de las fuentes empresariales y militares de financiación, que gobiernan las políticas científicas y tratan de extraer beneficios del trabajo de los investigadores. Obreros intelectuales cuyo producto les es enajenado y apropiado por comerciantes y guerreros. Nueva alienación a combatir en nuestra época si aspiramos al desarrollo conjunto de la humanidad.

Carlos PARÍS